

Rosa le había dicho que cuando pensamos en la adolescencia, la pensamos mal, porque la hacemos irremediamente coincidir con una edad, y no nos damos cuenta hasta qué punto la propia palabra nos sugiere que el adolecer es eterno en la vida de la gente. Siempre seremos adolescentes, porque siempre adoleceremos de algo importante.

MERCEDES BEROIZ, *El llanto de los caracoles*

Día tras día, no dejo de corroborar todas estas intuiciones de la misma forma que también confirmo una vez más que cuando se está solo mucho tiempo, cuando se ha acostumbrado uno a estar con su Soledad, se descubren cada vez más cosas por todas partes, donde para los demás no hay nada.

ENRIQUE VILA-MATAS, *Doctor Pasavento*

Es un hecho asombroso y digno de reflexión
que todo ser humano esté constituido de tal forma
que siempre haya de ser un profundo secreto y
un misterio para sus semejantes. Cuantas veces entro
de noche en una gran ciudad, pienso muy seriamente
que todas y cada una de aquellas casas apiñadas en
la sombra encierran su propio secreto; que cada
habitación de cada una de ellas encierra su propio
secreto; que cada corazón singular que late en
cientos de miles de pechos que los habitan es,
en algunos de sus ensueños y pensamientos,
un secreto impenetrable para
el corazón más próximo.

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

And I wish that I was made of stone
So that I would not have to see
A beauty impossible to define
A beauty impossible to believe

NICK CAVE, *Brompton oratory*

She opened strange doors that we'd never close again.

DAVID BOWIE, *Scary Monsters (And Super Creeps)*

I

LOS ACONTECIMIENTOS QUE VOY A CONTAR comienzan aquí mismo, en esta habitación. El cuarto de un adolescente. Me dirijo a un capítulo de mi historia en el que la vida era algo nuevo, extraordinario y también inquietante. Vuelvo a tener quince años, la edad en la que llega la primera vez para tantas cosas. El mundo cambiaba día a día ante mis ojos. Eso al menos creía entonces. Porque el mundo no cambiaba, era yo el que cambiaba, con tanta rapidez que ni siquiera tenía conciencia de ello. El instinto me indicaba el camino. El resto era más bien cuestión de equilibrio.

Nunca fui como los demás chicos, de la misma manera que ahora no soy como los otros adultos. Sólo que entonces la evidencia del deseo me halló completamente desvalido, sin armas para luchar contra él. Por más que me resistiera a aceptarlo, esta particularidad me hacía similar a los otros chavales de mi edad. Un niño más a punto de dejar de serlo, un adolescente confuso que se creía único. No había escapatoria. Entonces sucedieron los hechos que me dispongo a narrar. Tuvieron lugar en este escenario. Un apartamento en la playa, el hogar que mis padres eligieron cuando se cansaron de la ciudad. Esta habitación, el punto de fuga de una historia a la que estoy regresando ahora.

Se abre de nuevo la puerta de mi cuarto. Aquí dormía cada noche, aquí construí mi universo solitario. Aislado del mundo, viviendo durante todo el año en una playa casi siempre solitaria. El verano de 1977 me sorprendió en este lugar, donde el silencio se diluía con el rumor de las voces de mis padres. Podía oírlos, hablando de cualquier cosa en el salón, ajenos al hecho de que entre mis huesos crecía una sensación nueva. Sus voces. Tan alejadas y distintas de las voces que escuchaba en mis discos favoritos. Aquellas voces que entonaban canciones como plegarias adolescentes, elevándose por encima del verde manto que forman los pinos bajo mi terraza, en la playa de El Saler. Letras escritas en un idioma que no terminaba de entender. Yo solamente quería atraparlas para después hacerlas mías, tumbado en mi cama, habituada ya a mi desazón adolescente. Madera, cristal y un pomo dorado con pequeñas motas de herrumbre. La puerta de mi habitación me protegía como una trinchera.

Algunas tardes salía a la terraza y me sentaba en el suelo para tranquilizarme escuchando los tenues ruidos de aquel lugar. El Saler, siempre abandonado entonces, apartado. Una interrupción de la realidad a orillas del mar. A veces me quedaba hipnotizado contemplando las copas de los árboles. Durante el día transitaba bajo sus ramas, sospechando siempre de la intención de mis apetitos, crepitantes como hojas secas en una hoguera. Y cuando el sol ya no era más que una ausencia, Valencia comenzaba a brillar para mí en la lejanía. La espía agarrado a la barandilla de la terraza,

con el mar a la derecha, la enormidad del lago de l'Albufera a la izquierda. Completamente solo, igual que en este momento, aspirando el aire tranquilo de la noche, fragante de resina y romero. Pensaba en gente que conocía, fantaseaba con personas a las que nunca había visto e imaginaba qué estarían haciendo. Tal vez caminaran por la calle, o abrazaran a la persona amada en un cine, o acaso estudiaran, como yo lo hacía, la oscuridad desde sus casas. Las luces de la ciudad parpadean en la distancia, bordeando las tinieblas. El futuro, una ilusión llena de posibilidades que pierde interés a medida que te aproximas a él.

David Bowie dominaba una de las paredes. Todos los días contemplaba atentamente su fotografía. No podía creer que existiera alguien así en este planeta. La imagen en blanco y negro, el cuerpo a punto de penetrar en otra dimensión. Su cabeza y la parte superior de su torso asomándose a un abismo desconocido. Era como si, en cualquier instante, su figura fuese a cobrar movimiento. Mirándola imaginaba que se adentraba con sigilo en mi cuarto, tendiéndome la mano. Me veía tomándola para marcharme con él adonde fuera que se dirigiera. Y elevarme así por encima de toda esa nada hecha de verdes y azules, del gris de la arena. Contemplar aquel póster, mirarlo fijamente. El único resguardo posible ante el destino. Observarlo. Mirarlo sin desfallecer hasta que algo sucediera o me quedara dormido. Los mejores momentos, sin embargo llegaban cuando me cansaba de

esperar y comenzaba a escribir. Esa era la única manera de sentir que podía cambiar la realidad. Vengándome de ella.

Afuera, la oscuridad era un secreto que impregnaba el vacío. El aire arrastraba consigo olores que hacían que por unos segundos me olvidara de mí mismo. Los caminos estaban flanqueados por tapices de pinocha seca. Apenas los cruzaría alguien hasta la llegada del buen tiempo. El Saler estaba hecho de soledad. Eso, más que apenarme, me complacía. Me gustaba sentirme así, extraño y fuera de contexto. Quería creer que David Bowie emergería de este muro estucado en blanco para sacarme de aquí. Como si escapar fuese tan sencillo. Como si en el fondo yo no perteneciera a aquel espacio lo mismo que esas pobres palmeras solitarias, la hiedra que trepa adueñándose de los pinos o el eterno reflejo del cielo sobre el agua.

Solo con el paso del tiempo comprendí que este era mi sitio. El tiempo me haría volver a esta casa, a la habitación que fue mi refugio. Ahí mismo, en esa pared que ya apenas se ve, cubierta por los estantes y los cuadros, estaba David Bowie de costado, en blanco y negro. Su figura colgada frente a la que fue mi cama y toda una vida aún por transcurrir. Las motas de herrumbre en el pomo de la puerta lo saben mejor que yo.

CUESTA TRABAJO IMAGINAR UN DOMINGO que de verdad pueda resultar alegre, pero este lo era. Y puesto que la acción tiene lugar en Valencia a principios de junio, la temperatura ya es más que templada. La luz lo invade todo. El sosiego de la jornada se rompe con las campanas, resonando al unísono desde diferentes lugares, apoderándose de las calles.

David Bowie aún no está seguro de qué sensación le produce aquella escena. Se limita a estudiarla, le gusta sentirse como un visitante. Da igual. Lo importante es que esta es una de esas mañanas de domingo como sólo pueden serlo aquí. El ensayo de un verano perpetuo ante el cual se siente tan maravillado como ajeno.

Bowie pasa las yemas de los dedos por el volante del coche. A su derecha, la silueta medieval, regia y cansada de las Torres de Serranos, las puertas de la fortaleza que muchos siglos atrás protegió a la ciudad. Ya casi puede oler el perfume de Coco. Pero lo cierto es que ella y Jimmy se retrasan. Dichosos ellos, que no han sido privados del placer de dormir. Él en cambio lleva horas dando vueltas por Valencia, sorprendiendo a los incrédulos ciudadanos que, en el año primitivo de 1976, no están acostumbrados a presencias

sobrenaturales como la suya. David Bowie, vestido como un aristócrata, dolorosamente delgado. Parece caído desde una galaxia a punto de desintegrarse, y fuma un Gitanes junto al antiguo cauce del río Turia, sin que le preocupe mucho saber por qué ahora está seco.

Tan solo unos instantes después, los tres surcarán la autovía que flanquea l'Albufera. Entrarán en la carretera y tomarán un desvío al azar. Después seguirán un camino angosto que atraviesa los arrozales y cruzarán tres pequeños puentes. Cuando lleguen a un punto indeterminado, uno que les haga desear de verdad permanecer allí, se abandonarán al ritmo pausado de lo que les rodea. Contemplarán las barcas que cruzan el lago, adormecidas entre los juncos. Se dejarán cegar por el reflejo celestial del agua y luego, aún deslumbrados, contarán en voz baja las barracas vacías. Pasearán por los senderos solitarios que recorren los cazadores de patos. Caminarán hasta perderse, hasta que no tengan más remedio que presenciar el imperceptible descenso del sol y ver cómo se suicida tras la cresta ciclópea que forman las montañas.

Pero por ahora, Bowie sigue aguardando a sus amigos. Se distrae contemplando el trajín de la calle. Estudia los detalles más pequeños, busca rastros de optimismo, cualquier indicio que le demuestre que esas personas y él en realidad no son distintos. Salen de los portales, atraviesan la calzada, se sientan en los bancos. Cada cual inmerso en su propia vida, acercándose unos a otros pero sin rozarse,

salvo quizás un leve contacto en el semáforo, al doblar una esquina.

Reposa la espalda en el asiento. La impuntualidad es un pequeño infortunio que se puede mitigar saboreando detenidamente lo que sucede alrededor mientras se espera; y pensando, quizá, en el aroma afrutado de Coco. Echa un vistazo por el retrovisor con la esperanza de verla llegar acompañada de Jimmy. Entonces suenan unos golpes, como si dos o tres piedras de granizo hubiesen caído porque sí sobre el parabrisas.

A su derecha, un hombre pegado a la ventanilla le hace señas.

—¿Es usted la persona a la que espero? —pregunta con cortesía.

Está junto al coche, el pelo corto y canoso, los ojos oscuros, el ademán tranquilo. Va vestido con sencillez. Es grande y parece fuerte, tiene una mirada que inspira confianza. Bowie se esfuerza por entender lo que quiere decirle. El hombre le mira fijamente, con expresión pacífica.

—¿Es usted la persona que espero? —insiste paciente. Sonríe, pero transmite algo que sólo puede ser soledad.

Sorprendido, Bowie lo mira fijamente. Arruga el ceño y se encoge de hombros. Puede que sea un admirador, alguien que al fin lo ha reconocido y quiere un autógrafo, pero no se comporta como tal. El hombre corpulento de pelo corto repite la pregunta. Él a su vez habla para hacerle ver que no entiende su idioma. El tipo insiste. Bowie niega

con la cabeza desconcertado. Luego vuelve a sacudirla. La respuesta a lo que sea que le está diciendo es no.

El desconocido pide disculpas y se separa del coche. Se aleja un par de metros, quedándose de pie, estático, bajo la sombra que proyectan las dos torres. Parece confundido pero no dice nada más. Bowie le devuelve la mirada con cierto recelo. Todo lo que ve es un hombre solitario extraviado en un domingo perfecto. El surco de unas arrugas en su frente, la serenidad de una mirada que no resulta apremiante en su expectación. Repentinamente, Jimmy abre la puerta del coche, lanza un aullido y saluda con su característica voz ronca mientras ocupa el asiento del copiloto. Un segundo después, Coco posa la mano en su hombro y se acomoda en la parte trasera del auto. Su aroma es dulce y poderoso a la vez. Los tres intercambian varias frases, algún reproche, pero no hay ninguna pregunta. Jimmy le pide que descapote el coche. Sin prestarles demasiada atención, Bowie busca de nuevo aquella figura. El hombre que no sabe a quién espera sigue allí, resignado, mirando al frente, a la derecha luego. El motor se enciende. El desconocido queda atrás. El lago de l'Albufera les atrae hacia sus aguas, hacia todo su apacible y estático misterio.

Un par de horas más tarde ya persiguen el rastro del crepúsculo. Caminan sin un rumbo concreto, espionando las siluetas de las garzas clavadas como finísimas estacas en cada uno de los corazones del agua. El murmullo del viento se

filtra entre los cañaverales. Avanzan sin prisa, saboreando el instante, con la misma lentitud con la que el sol se escurre por el horizonte. Llegan a las ruinas de un caserón que emerge de las aguas de l'Albufera. Hoy el transcurso del tiempo es algo por lo que no deben apurarse.

—¿No os gustaría quedaros aquí para siempre? —interviene Coco mientras desliza la mano por la pernera de sus pantalones, sentada sobre un viejo tronco pelado.

—¡Ni lo sueñes! —grazna Jimmy con su vozarrón, la camisa completamente desabrochada, que deja entrever la blanca lechosa del torso y alguna cicatriz aún fresca en el abdomen. Se contonea siguiendo la línea de la orilla imitando las zancadas de una garza real que lo vigila desde el agua.

Quizá deberíamos dejar de esperar lo que ya conocemos —piensa David Bowie, la mirada perdida en el horizonte—. Quizá no deberíamos aguardar nada, simplemente dejarnos sorprender por lo inesperado, pero sin invocarlo, ni tampoco apresurarlo. Desearlo cuanto apenas, como si se tratase de algo tan frágil como el sueño. —Se impone un silencio absoluto, roto por un leve chapoteo. Siente crecer la punzada de su confusión.

Coco habla en voz baja con Jimmy, bendecidos ambos por una belleza que no se puede tocar; mientras él prosigue absorto, sin ganas de hablar ni de reír. Piensa en tantas cosas a la vez que se ve invadido por la desesperación y el desánimo. La velocidad a la que acontece su vida le aterra

cada vez más. Entonces recuerda al hombre de pelo cano bajo aquellas torres monumentales. El hombre que no sabe a quién espera.

La luz del sol comienza a extraviarse en el horizonte. Ahora los tres flotan como una sola pieza. A sus espaldas, la verde frondosidad de los pinos se agita tenuemente, convertida en un dulce oleaje. Cuanto más piensa en aquel extraño, mayor ímpetu cobra la pulsión que se agita en su interior. Se expande hasta envolverle por completo. El atardecer va reflejándose en el agua mientras su corazón se encoge un poco más. Aquello de lo que intenta escapar le persigue. Deshacerse de eso no está resultando sencillo. Sus problemas pesan como cien baúles. Esa carga va con él dondequiera que vaya. Lo que tiene ahora ante sus ojos es solamente un bálsamo, nada más que eso. Ese paisaje en completa calma, inmóvil como un cuadro, que vibra en torno a él. Si pudiera quedarme aquí para siempre, piensa, congelado en este instante sublime, perfecto.

Coco y Jimmy lo observan en silencio.

Ya es completamente de noche cuando regresan a la ciudad. Las luces de las viejas farolas refulgen con un fervor dominical. El Mercedes cruza el viejo puente de piedra que conduce a las Torres de Serranos. Luego se detiene y Bowie sale de su interior para quedar expuesto ante las dos vetustas moles de piedra. De pie, frente a su arco, con el foso a sus espaldas, insta a sus amigos para que se marchen

a casa. Quiere recorrer a solas el trayecto que conduce hasta la casa donde se alojan. Se queda a merced de las torres mientras los ve alejarse en el coche. Se gira y ve las estrechas calles que aguardan frente a él, invitándole a desaparecer en sus entrañas. La noche es azul oscuro. Bowie sigue quieto, no camina en dirección a ninguna parte. Imagina en silencio que el hombre de pelo canoso aparece de nuevo frente a él. Para evitar la congoja, se concentra en las luces suspendidas en el aire, formadas por docenas de colores distintos. Se pregunta si en realidad no será él el desconocido a quien el hombre aguarda sin que sepa bien por qué, el arquitecto de algo que nos permita cobijarnos en su interior. Necesita ver de nuevo al extraño. Aproximarse entonces a él como si fuesen a besarse en la boca, y que alguno de los dos le explique al otro si lo que ambos esperan sucede realmente en nuestro mundo mortal.

III

CALA CERVERA ME CONTÓ, mientras un soplo de brisa removía su melena resplandeciente como un óleo, que aún no conocía el sabor de un auténtico beso. Lo dijo sin mirarme, mientras buscábamos ansiosos una tupida mancha de sombra sobre la cual sentarnos al final de aquel sendero solitario. Yo le hablaba de cosas que seguramente apenas le interesaban, tan aburridas para ella como todo aquel verano de 1977 por el que discurríamos torpes y pegajosos como gotas de aceite. El mundo parecía resultarle indiferente. Cala sólo tenía un año más que yo, pero cuando estaba con ella la seguía como un perrito. Cuando hablábamos, era como si en el fondo yo no existiera. A mí me daba lo mismo. Cualquier cosa que hiciera me cautivaba. Cuesta trabajo imaginar que algo pudiera resultar tan adictivo y excitante, tan parecido al paraíso. Los dos, allí, sin nada que hacer. Esa clase de hastío que logra que afloren los secretos.

Bienvenidos al momento cumbre de mi adolescencia. Aquí estoy, entrando y saliendo de mi habitación para recorrer la playa de El Saler y sus interminables contornos. El canto de las chicharras surge de los laberintos de pinos, como celebración del calor. Cala Cervera maldice al sol.

A continuación coloca la mano en la frente, como una visera. Me hace preguntas.

—Entonces te inventas historias mientras escuchas música y las escribes —dijo Cala mientras el sol del mediodía se cebaba en nuestros cuerpos. Asentí mirándola por primera vez provisto de algo que podríamos considerar valentía. Mirarla no era suficiente. Necesitaba tener su imagen conmigo, conservarla de algún modo.

—¿Me dejarías leer alguna de esas historias? —dijo—. No tuve más remedio que contestar que sí.

Al llegar a casa me encerré en mi cuarto. Encendí el tocadiscos. Puse un álbum en el plato y coloqué la aguja en los surcos de «Venus In Furs». Entre todas las historias que tenía escritas ninguna me resultó adecuada para contársela a ella. Escuchando atentamente lo que tantas y tantas veces había escuchado ya, me dispuse a dejarme inspirar por aquella letra de amor perverso, tan inapropiada para un chico de mi edad, que en ese momento resultaba idónea para mí. Me gustaba sentir que ya no era inocente, aunque eso no fuese cierto. Me gustaba presumir de mi condición de iniciado ante Cala. David Bowie me vigilaba inmóvil desde el póster de la pared y, cada tanto, yo lo miraba a él, buscando su aprobación. Ahora, escribiendo esto desde el presente, no puedo creer que fuese tan cándido entonces.

Hubo tantas ocasiones en las que deletreé su nombre, saboreando cada letra. Separé sus sílabas y las acaricié entre

RAFA CERVERA

el paladar y la lengua. Ca. La. Jamás hubiera imaginado que una palabra tan escueta creara una armonía tan poderosa. Ca. La. Así empezaba mi canción. No sé qué hubiese pensado de ella Nabokov. Dos sílabas para hacer música, Ca, La, sonando como si golpeará las dos notas más dulces de una marimba. Cala con apellido, y así el placer de tener su nombre en mi boca se prolongaba un poco más. Ca. La. Cer. Ve. Ra.

Ce. A. Ele. A. Espacio. Ce. E. Erre. Uve. E. Erre. A.

Estos fueron los días en los que todo lo relacionado con ella me conmovía y me trastocaba.

IV

UNA HABITACIÓN DE HOTEL. Podría ser Helsinki, podría ser Moscú, incluso Varsovia. Por el momento lo único que sabemos es que hay cristales rotos. Una jarra llena de leche acaba de romperse contra el suelo.

Las cortinas están corridas, no debe entrar ni un solo rayo de sol. De todos modos, aunque es de día en el exterior, la oscuridad ya empieza a adueñarse de todo, así que puede que el hotel esté definitivamente en Helsinki.

Los cristales se esparcen por el suelo, algunos lanzan diminutos reflejos. El silencio reina en la estancia. Una figura famélica, desesperada, observa los cristales con resignación. Algunos de ellos rodean sus pálidos pies descalzos.

La escena resultaría mucho más inquietante si no fuera porque en este momento se abre la puerta del cuarto de baño y de él sale una chica, joven y rubia (cada vez caben menos dudas de que estamos en Helsinki), envuelta en una toalla tan blanca como su piel pero no tan blanca como la piel de David Bowie. Tan solo un par de horas antes, el suceso de los vidrios rotos habría sorprendido a la muchacha. No podía creer que el hombre que en el café le sonreía seductoramente fuese él. Resistirse a sus encantos era imposible, así que desde el primer instante dejó que la hechizara. Ahora

mismo, la atracción por aquello con lo que soñamos sigue fascinándola, pero sobre todo, lo que hace es asustarla.

David Bowie, un manojito de cabellos rojos y rubios colgando sobre su frente, levanta la cabeza y la mira. Apenas queda capacidad de resistencia en su cuerpo, así que lo mejor será esnifar la raya que desde hace un rato aguarda pacientemente sobre el escritorio. La chica rubia le dedica una mirada, como si hubiera leído su mente y se dirige al otro extremo del cuarto. Allí está la cocaína convertida en diminutas barras blancas y desiguales, que no son la bandera de ningún país de este mundo, y menos aún la de Finlandia.

Después la chica avanza sosteniendo la revista sobre la cual descansan insinuantes las líneas, sorteando los cristales sin demasiada precaución. Entusiasmada ante el pequeño relámpago de poder que está a punto de atravesar su nuca en dirección a la espina dorsal.

Bowie está desnudo. Su figura es la de un arcángel moribundo. El *Libro de la ley*, de Aleister Crowley, está abierto sobre la cama. Él también aspira a construir una religión que haga desaparecer todas las demás, al menos hasta que comience la lectura de otro libro. Sorbe la única leche que no se ha derramado, la que sobrevivió a la catástrofe de la jarra hecha añicos. La bebe sin producir ruido alguno, como si en realidad la escena no estuviese ocurriendo.

Sale de su ensimismamiento cuando ve que ella se dispone a bordear la amplia cama de hotel para sentarse a su lado. Con la mano hace un ademán violento, casi amenaza-

dor. La joven rubia de Helsinki se detiene atemorizada. Las líneas se convierten en una pequeña nevada que cae sobre el marrón de la moqueta.

—¡No mires ahí! —le advierte iracundo, intentando mantenerla alejada del dibujo que hay en el suelo. El rostro de la muchacha se convierte en un llanto cansino y la escena se revela, ahora sí, como algo completamente desolador. Una habitación de hotel en la que no debe entrar el sol.

Jimmy le acompaña. Claro, el incontrolable Jimmy. No está muy claro si es conveniente que deban pasar juntos demasiado tiempo. Les une una desconcertante camaradería. De alguna manera, se necesitan, aunque ninguno de los dos sepa para qué. Somos como el diablo el uno para el otro, le explicaba Bowie. El diablo no es el mal, es la fuerza que nos distrae en los momentos más verdaderos de nuestra vida, teoriza imbuido por sus lecturas sobre Crowley.

Jimmy está en otro cuarto al fondo del pasillo, completamente colocado, viendo una película de Lana Turner subtitulada en finés. Las dos chicas que están con él apoyan sus respectivas cabezas sobre su hombro y su pecho, y le proporcionan anémicas caricias en el abdomen, caricias que apenas nota ya. A Lana Turner le sienta bien el finés, piensa Jimmy mientras cierra esos enormes ojos suyos que descubren con admiración infantil aquello que le rodea en cada momento.

Mientras, en la otra habitación, los pedazos de cristal siguen dispersos e inmóviles, una pequeña amenaza hecha

de brillantes añicos. La chica moquea sentada en una butaca. Bowie bebe su último trago, vampiro chiflado que se alimenta solamente con leche. Vigila las ventanas. No sabe qué hacer. No sabe qué decir. Ni siquiera es consciente de que una esquirra de vidrio se ha clavado en su pie. Un círculo de diminutas manchas rojas señala el tramo de moqueta que ha ido pisando. Se gira hacia el dibujo del suelo y lanza una almohada para ocultarlo.

Una idea repentina, inesperada, alumbra su mente como un fogonazo de lucidez. Puede que el norte no sea la dirección que deba tomar. Todavía queda una posibilidad para no sucumbir. Y mientras intenta levantarse para consolar a la muchacha rubia, el derrumbamiento de su vida se proyecta en el interior de su cabeza. La ambición. La cocaína. El inexplicable desorden. Bowie se mueve más deprisa que ningún otro artista en el rock. En poco más de cuatro años ha vivido y ha creado lo que otros no lograrían hacer ni en toda una vida. Su época le pertenece. Y todo eso no sirve de nada dentro de la habitación, junto a la chica, en el hotel. Los triunfos sólo le producen cansancio, dolor.

Se ata una toalla a la cintura y va, tambaleándose, hacia la muchacha, que se cubre la cara con ambas manos. Un intermitente rastro carmesí marca su breve trayecto. Se pone en cuclillas y pasa la mano por la cabellera rubia.

Le dice:

—Eres una persona maravillosa, pero cuanto más te quedas conmigo más problemas tendrás.

Toma su mano derecha y la extiende hasta besar su dorso con sus labios finos y apagados. Sabe que nunca más volverá a tocarla. Después se yergue, arreglándose el pelo con ambas manos, atrapando la mata roja y rubia que corona su cabeza, tirando de ella hacia atrás con fuerza. Ha de hablar con Jimmy. Hay que decidir el siguiente destino. Dónde perderse para volver a encontrarse consigo mismo. Ha llegado ese momento en la vida en el que hay que abandonar Helsinki, hacer del instinto una brújula. Viajar hacia el sur.

La chica ha recogido su ropa, está de nuevo encerrada en el cuarto de baño. Bowie avanza un par de pasos y contempla con disgusto lo que ha dibujado en el suelo, junto a la cama. Después se agacha y comienza a recoger el rastro de cristales que hacen que la moqueta lance minúsculos destellos. Durante un par de segundos los encuentra arbatadoramente interesantes.